

El PNV

Desde hace muchos años, la sociedad vasca se ha dividido, prácticamente al 50 por 100, entre nacionalistas y no nacionalistas. Las distintas aspiraciones de cada uno de esos grupos hacían imposible un proyecto de convivencia entre ambos. La solución que se encontró al comienzo de la Democracia fue la autonomía, reconocida en la Constitución y, sobre todo, en el Estatuto. Con ella, el País Vasco adquiría unas competencias que no tiene ninguna otra región o estado federado de Europa, muchas más de las que tuvo en la II República. El Estatuto de Autonomía era el puente que unía las dos comunidades enfrentadas. Quienes más cedieron fueron los vascos españolistas. Quienes menos, los del PNV, que por entonces decían aspirar sólo a eso. Quienes no cedieron en absoluto fueron los nacionalistas radicales, que siguieron dando tiros en la nuca o brindando con champán cada vez que otros los daban.

Pero pronto, en cuanto los del PNV se sintieron seguros en su posición, retomaron el asunto del conflicto con el Estado, pusieron en duda, primero, la validez del Estatuto como forma de solucionarlo y, finalmente, argumentaron que el Estatuto era una fórmula del pasado. Ya no les importaba pasar por encima del 50 por 100 que no pensaba como ellos. Con la complicidad de instituciones públicas y privadas y de otros partidos, tomaron entonces el mismo tren que ETA y Batasuna, aunque un vagón distinto.

Ayer oí a Arzalluz decir que la ilegalización de las agrupaciones de electores de ex miembros de Batasuna era la muerte civil de decenas de miles de vascos. Son muertos que gozan de buena salud y que bailan sobre las tumbas de otros vascos.

Juan Bosco Castilla

